

Oficiales retirados contra oficiales en actividad, jóvenes contra viejos, carapintadas contra caralavadas. Tensiones en torno a la transmisión de la memoria castrense sobre la represión.

Salvi, Valentina.

Cita:

Salvi, Valentina (2010). *Oficiales retirados contra oficiales en actividad, jóvenes contra viejos, carapintadas contra caralavadas. Tensiones en torno a la transmisión de la memoria castrense sobre la represión. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/120>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/RSg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

“Oficiales retirados contra oficiales en actividad, jóvenes contra viejos, carapintadas contra caralavadas”.

Tensiones en torno a la transmisión de la memoria castrense sobre la represión.

Valentina Salvi
(UBA-UNTREF-CONICET)

En 2006, durante el trabajo de campo de mi tesis de doctorado sobre las representaciones y prácticas conmemorativas de los oficiales retirados del ejército que fueron contemporáneos de la represión en Argentina, un ex-oficial del ejército que participó en el Operativo Independencia en la provincia de Tucumán entre el 75' y el 78'¹, que fue dado de baja por su actuación en el último alzamiento carapintada de 1990², y que hoy es miembro activo de las agrupaciones que se nuclean tras la consigna de “Memoria Completa”³, me hizo este cuadro de situación sobre el ejército en la actualidad,

“Hoy estamos viviendo una claudicación. No hay respeto a toda una generación que vivió dos guerras. Tampoco hay respeto por los generales. Toda es crítica o autocrítica, es inaudito. Los actuales generales son malos generales, nos están disminuyendo profesionalmente. Nos cuestionan desde el exterior. Pero las nuevas generaciones de militares salen bien, salen bien, a pesar de todo, salen con bronca. Dicen que solo los hijos de militares tienen solidaridad con las

¹ El Operativo Independencia comienza en febrero de 1975 con la firma del decreto 265 del gobierno constitucional de Isabel Martínez de Perón. Ese decreto significó un cambio en la táctica y estrategia de las Fuerzas Armadas en la confrontación con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) que se había lanzado a la guerra de guerrillas en la zona selvática de la provincia de Tucumán. Si bien, ya se habían iniciado las operaciones militares en agosto de 1974 a cargo del general Menéndez; con la firma del decreto, la conducción del Operativo Independencia quedó en manos del general Vilas, quien implementó un “Plan Táctico” que se basó en el combate directo en el monte y se apoyó en la realización de acciones clandestinas e ilegales en los pueblos de la zona y en la Ciudad de Tucumán. La forma de represión utilizada durante el Operativo Independencia constituyó un ensayo de lo que, a partir de 1976, se extenderá hacia todo el territorio nacional. (Crenzel, 1997: 167)

² El último alzamiento “carapintada” fue el más sangriento de todos, hubo 16 militares y 5 civiles muertos. Si bien los rebeldes afirmaron que el levantamiento no excedía el terreno de una interna militar contra el Estado Mayor, el presidente Menem no dudó en calificarlo de intento de golpe de Estado por lo que fue militarmente reprimido y los carapintadas políticamente desarticulados y enviados a prisión. (Acuña & Smulovitz, 1995: 86-87)

³ Después de la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y con la reactivación de los juicios a oficiales acusados de crímenes de lesa humanidad, surgen organizaciones de civiles y militares retirados que levantan la consigna “Memoria Completa” abocada al recuerdo de los oficiales muertos durante la década de 70' y a la defensa de los camaradas procesados.

*generaciones mayores, pero no es así. ¡Mirá el caso de Pando! No es de familia militar y cómo se jugó la carrera. Se sienten realmente agradecidos en el fondo, pero no lo pueden decir. Porque lo que quieren es meter miedo, porque vos tenés que tener miedo, eso dicen. Lo que quieren es que seamos un ejército enfrentado: oficiales retirados contra oficiales en actividad, jóvenes contra viejos, carapintadas contra caralavadas.”*⁴ [La cursiva es mía]

Cuando escuché estas declaraciones no investigaba ni pensaba investigar sobre la memoria de los oficiales en actividad, sin embargo estas palabras llaman hoy mi atención pues describen un cuadro de situación dentro de las filas castrenses y estimulan un tipo de interpretación sobre la memoria militar que considero necesario interrogar, para avanzar en un reconocimiento diferenciado de los sentidos del pasado y de los conflictos entre los actores que componen la comunidad militar. El cuadro descripto por quien podría ser considerado un informante clave tiende a fortalecer las siguientes consideraciones sobre la vida y la memoria castrense: 1) los nuevas generaciones piensan igual que los oficiales que fueron contemporáneos de la represión, 2) no hay conflictos de sentido ni diferentes posicionamientos al interior de la fuerza, exceptuando las tensiones con los actuales generales, 3) los oficiales no aceptan ninguna crítica y rechazan cualquier autocrítica sobre el pasado reciente, 4) las nuevas generaciones son solidarias y se sienten agradecidos con los oficiales que fueron parte de la “lucha contra la subversión” sean o no familiares directos, y 5) los oficiales en actividad se reconocen en sus pares retirados pero no lo hacen público por temor.

Pues bien, las afirmaciones del ex-oficial y activo “emprendedor de memoria”, que se reconoce parte de la generación que fue contemporánea de la represión, dispararon un conjunto de interrogantes respecto del problema del relevo generacional y los procesos de transmisión de memoria militar sobre los que se ocupará este trabajo. En las palabras del ex oficial conviven al mismo tiempo la certeza y la preocupación inscripta en el núcleo mismo del problema de la transmisión intergeneracional de memoria. La generación transmisora que mantiene un sentido personal con el pasado por el hecho de haberlo vivido y se presenta como guardiana de la memoria (Hirsch, 2008: 104), se enfrenta también con acontecimientos políticos y dinámicas

⁴ Si bien no existe ningún oficial con el nombre Pando, sino que Cecilia Pando es la esposa del mayor Rafael Mercado quien fuera pasado a retiro en 2005 por el silencio frente a la actuación de su esposa como presidenta de Asociación de Familiares y Amigos de los Presos Políticos de Argentina (AFyAPPA), organización dedicada a la defensa de oficiales acusados de violaciones a los Derechos Humanos. (Brienza, 2010: 75)

institucionales, en circunstancias sociales específicas, sobre las que no tiene ningún control y cuyas consecuencias no puede prever. (Jelin, 2002: 120) De modo tal que, las continuidades y rupturas de la memoria en común son indicadores del relevo generacional al interior de una institución, como el ejército, que se sostiene de la repetición de sus valores, tradiciones y rituales, pero que su vida institucional y política, y las relaciones que mantiene con el Estado y con la sociedad civil, están atravesadas por su posicionamiento respecto de lo actuado en el pasado reciente.

En tal sentido, el interés por analizar la memoria de lo/as oficiales en actividad del ejército argentino reciente responde a la necesidad de interrogarnos por la posibilidad de que las instituciones castrenses pueden ser hoy y en el futuro distintas de lo que fueron en el pasado. (Palermo, 2004: 176) Lo que implica además abandonar un marco de interpretación que tiende a fijar a las Fuerzas Armadas en el pasado estableciendo una línea de continuidad entre acciones pasadas y las pautas de comportamiento en el presente y hacia el futuro. Semejante peso atribuido al pasado impide no sólo dar cuenta de los desplazamientos y reconfiguraciones en la narrativa militar sobre el pasado reciente sino también identificar de manera cierta cuáles son las continuidades y repeticiones. En tal sentido, para atender a la articulación entre pasado y presente, este trabajo se propone indagar los modos diversos de elaboración del pasado por parte de la generación que fue contemporánea de los hechos, hoy en situación de retiro, y de las nuevas generaciones de oficiales del ejército argentino, así como de sus reelaboraciones y reconfiguraciones. Para lo cual, me propongo también tomar distancia de una interpretación que tiende a abordar temas militares utilizando como fuente exclusiva documentos escritos o declaraciones públicas de las autoridades puesto que sólo puede ser luz sobre la visión del pasado que la institución le exige a sus miembros desconociendo la tensión entre esta faceta pública y la posición de los cuadros. Y también de otra perspectiva que tiende a deducir el pensamiento de los cuadros en actividad a partir de algún episodio público que tenga como protagonista a los oficiales retirados o los grupos civiles cercanos a estos.

Dicho esto y a propósito de estas declaraciones, cabe preguntarse, por una parte: ¿qué es lo que busca transmitir la generación de oficiales retirados a las nuevas generaciones de oficiales? ¿Qué idea de “nosotros” proponen los oficiales retirados para sentar las bases del proceso de identificación intergeneracional? ¿Cuáles son las expectativas a futuro puestas en el proceso de transmisión de memoria a las nuevas generaciones? ¿Cuáles son los problemas e impedimentos percibidos para que tal

proceso de transmisión sea efectivo? Y por otra parte, ¿cómo son reapropiados y reelaborados los sentidos del pasado por los oficiales en actividad? ¿Cómo es el horizonte de experiencias y expectativas desde el cual se produce el proceso de transmisión? ¿Qué personajes, episodios, fechas se recuerdan y cuáles se olvidan? ¿Cuáles son los marcos interpretativos que comparten con los oficiales retirados para establecer una continuidad de sus sentidos y relatos y cuáles no? En suma, ¿qué sentidos buscan ser preservados y cuáles efectivamente lo son?

Dicho esto, me gustaría dar cuenta de las continuidades entre la narrativa de las viejas y las nuevas generaciones de oficiales del ejército, para adentrarnos luego en las diferencias y tensiones. En efecto, lo/as oficiales en actividad reproducen y reafirman ciertos sentidos colectivamente compartidos que constituyen los marcos interpretativos con los que la generación que fue contemporánea de los hechos comprende la actuación del ejército en la represión ilegal. Entonces, cabe preguntarse, ¿cuáles son esos elementos en común y cómo resultan reinterpretados para tal proceso de transmisión se produzca? La figura de los “muertos por la subversión” y la retórica de la guerra constituyen el horizonte compartido desde el cual oficiales retirados y en actividad abordan el pasado de la institución, puesto que resultan reelaborados y se inscriben en el presente movilizándolo y dando sentido a diversos modos de acción.

Víctimas de ayer y de hoy

La evocación del pasado reciente a partir de la figura de los oficiales asesinados por las organizaciones armadas durante la década del 70' constituye el marco narrativo desde el cual todos los miembros de la comunidad militar –cadetes, oficiales en actividad, oficiales retirados, asociaciones cívico-militares y el discurso institucional del ejército sobre la década del 70' (Badaró: 2009; Salvi: 2009, 2010) – interpretan el pasado y se posicionan en el escenario de la memoria⁵. Si bien el hecho y las circunstancias del asesinato, así como las ceremonias de velorio y sepelio de los oficiales, constituyen recuerdos personales con una fuerte carga emotiva para los oficiales retirados, y además los “actos de homenaje” a los oficiales muertos conforman un ritual conmemorativo repetido entre los compañeros de promoción cada aniversario

⁵ La noción de “escenario de la memoria” remite a la relación entre memoria y representación (Feld, 2001: 103) Lo uso para referir a un espacio en el que diferentes actores presentan un relato verosímil sobre el pasado, y que, por su diversidad, está atravesado por sentidos y prácticas en disputa, tensión, relación y reflejo que responden a las posiciones relativas e intereses diferenciados que estos mantienen.

desde los primeros años de la dictadura, su historización muestra que la figura de los “muertos por la subversión” no ha sido un elemento central de la memoria militar sobre el pasado reciente. La identificación de todos los cuadros castrenses con la figura de las víctimas implica un proceso de reelaboración de la memoria militar que se produce tardíamente, a mediados de la década del 90, y guarda relación con la memoria de los desaparecidos y la lucha de los organismos de Derechos Humanos. Ciertamente, la memoria del ejército se vio afectada por problemas de credibilidad, aceptabilidad y organización que son parte del escenario de la memoria posdictadura en Argentina.

Los oficiales retirados reunidos en el *Círculo Militar*⁶ y en el *Foro de Oficiales Retirados*⁷ fueron los principales promotores de este giro hacia la memoria de las “víctimas militares”. Las declaraciones públicas del capitán Adolfo Scilingo y del ex-suboficial del ejército Víctor Ibáñez que contaban como se arrojaron personas vivas al mar, así como el mensaje del jefe del ejército, teniente general Martín Balza, que reconocía la tortura y la desaparición de personas perpetradas por oficiales de la fuerza, dejaba a los oficiales sin *chance* de presentarse ante la opinión pública como los “salvadores de la patria de la amenaza marxista” o como los “vencedores de una guerra justa contra el enemigo subversivo” (Badaró, 2009: 311). El ex-jefe del II cuerpo de ejército y ministro de planeamiento del régimen militar, el general de división (RE) Ramón Díaz Bessone, quien fue presidente del *Círculo Militar* entre 1994 y 2002, se convirtió en el principal emprendedor de la memoria de la “víctimas militares” con la publicación del libro *In Memoriam* en 1998. Este libro “homenaje” –que es considerado por lo/as oficiales como la contrapartida militar del *Nunca Más*- se ocupa de describir las circunstancias en que perdieron la vida los hombres del ejército y sus familiares. En sus páginas, la violencia resulta re-narrada como una sucesión de martirios que le acaecieron a las instituciones armadas antes del golpe de estado del 24 de marzo de 1976, relativizando la violencia cometida durante la represión ilegal.

Si vamos hacia atrás en el tiempo, la narrativa sobre los “muertos por la subversión” no es nueva y tiene su soporte estructurante en la actividad propagandista de apoyo al régimen militar entre 1976 y 1979 (Lorenz, 2005), en la actuación pública de la *Liga Argentina de Víctimas del Terrorismo* contra la Comisión Interamericana de

⁶ El *Círculo Militar* es un Club Militar que se creó hacia 1880 con el fin de estrechar lazos de solidaridad entre los oficiales. Adoptó la figura de “Asociación Civil con Personería Jurídica” y se estima que el 60 % de los oficiales retirados y en actividad son socios, pero cuenta también con muchas civiles entre sus asociados (Balza, 2001: 207).

⁷ Se formó el 4 de diciembre de 1996 como un grupo de presión contra la conducción del teniente general Martín Balza, con alrededor de 200 miembros.

Derechos Humanos y el Premio Nobel de La Paz Pérez Esquivel y en las misas que convocaba *Familiares y Amigos de Muertos por la Subversión* (FAMUS) durante los primeros años de democracia a propósito de las causas judiciales a ex-represores y al informe sobre la desaparición de personas de la CONADEP.

Si pensamos la relación con el afuera, hacia la sociedad civil y el Estado, la figura de las “víctimas militares” se ha construido de manera especular y reactiva con la figura del detenido-desaparecido. Lo que permite contraponer y rivalizar las “víctimas militares” con las “víctimas civiles del terrorismo de estado”, disputar con los organismos de Derechos Humanos el sentido sobre el pasado reciente y ampliar la legitimidad de un discurso que está fuertemente desprestigiado entre la opinión pública. Este giro hacia la memoria de las víctimas puede ser entendido como síntomas de una época en la que, por un lado, el culto al heroísmo triunfante pierde terreno frente al reconocimiento colectivo del trauma vividos por las víctimas (Gissen, 2001: 16), y por otro lado, la fundación de la identidad colectiva en un hecho traumático representa una base suficiente para impulsar reclamos y disputar sentidos en el espacio público. (LaCapra, 1998: 15)

Y si nos adentramos en la comunidad militar, la evocación del accionar del ejército durante la represión a partir de la figura de las “víctimas de la subversión” permite construir una imagen virtuosa, sacralizada y pasiva de la institución y de sus cuadros. El mayor Argentino del Valle Larrabure y el teniente coronel Jorge Ibarzábal, quienes luego de los ataques a la fábrica militar de Villa María y al regimiento de Azul respectivamente, y tras pasar meses secuestrados, según los relatos militares, fueran asesinados, se han convertido en los mártires de la “lucha contra subversión” pues pueden ser presentados como oficiales sin ambigüedades políticas y morales.

Ahora bien, la victimización como imagen de sí se ha convertido en el marco de interpretación desde el cual no sólo se explica el pasado sino que se ordena el presente. Ambas generaciones se identifican con las “víctimas de la subversión” y prologan la victimización hasta el presente puesto que superponen el escaso reconocimiento social que tienen los oficiales asesinados por las organizaciones armadas con el desprestigio que acompaña a las Fuerzas Armadas desde la derrota en la Guerra de Malvinas. Dicho de otro modo, en la figura de las “víctimas militares” que no son “reconocidas” ni “recordadas” –“defenestrados y desvalorizados por la sociedad”, en palabras de oficial- se expresa la “discriminación” e “incomprensión” que vive el ejército en su relación con la sociedad civil. Veamos estas ideas en las palabras de un oficial en actividad,

“De esta historia trágica que todavía sangra por un lado quiero decirle que *los que más lo sufrimos somos los que hoy vestimos el uniforme* y, con relación a eso, mucha gente siente de que (...) todos esos muertos enterrados de uno y otro bando tienen diferente precio, diferente valoración, (...) no justifica ensañarse con unos muertos que hoy siguen siendo defenestrados o desvalorados.” [La cursiva es mía.]

Entre los oficiales retirados, el sentimiento de victimización se apoya en la negativa de las autoridades del ejército – los teniente general Roberto Bendini (2003-2008) y Luis Alberto Pozzi (desde 2008) – y el gobierno nacional –Nestor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (desde 2007)- de dar reconocimiento institucional a los “actos de homenaje” a los “muertos por la subversión” que realizan cada aniversario en el *Circulo Militar* o en la *Iglesia Castrense Stella Maris*. En los “actos de homenaje”, los compañeros de promoción reclaman que los militares muertos se han convertido, en los últimos años, en víctimas no reconocidas por la sociedad, pero por sobre todas las cosas, en héroes no homenajeados debidamente por el propio ejército, es decir, con todos los honores de “héroes que defendieron a su patria”. En este sentido es que los oficiales retirados se reconocen como parte de una generación que, además de tener un pasado en común, se sienten no “respetados ni reconocidos en la lucha” ni por el ejército ni por la sociedad, lo que lleva al refortalecimiento de viejos sentimientos de escarnio y vergüenza al que se han sentido reiteradamente sometidos los oficiales en diferentes momentos de la historia política de la institución. “Hoy, no hay ningún respeto por una generación que vivió dos guerras”, afirmaba mi informante clave.

Las consecuencias de este proceso de reelaboración de la memoria militar son múltiples y contradictorias. El recuerdo de las “víctimas militares” y la auto-victimización de los cuadros permite, por un lado, eludir la proscripción que pesaba sobre el discurso militar; y por otro lado, mantener una continuidad narrativa que ayude a reforzar la auto-valoración del ejército como una comunidad moral capaz de lidiar con el pasado de cara a las nuevas generaciones. De modo tal que la memoria deja de ser una categoría exclusiva de los organismos de Derechos Humanos para convertirse también en una categoría nativa de lo/as oficiales (Jelin; 2002: 17), bajo la forma de un “deber de memoria”. En otras palabras, concentrarse en la figura de los “oficiales caídos” antes del golpe de estado del 24 de marzo de 1976 permite construir una

periodización que destierre del horizonte de la memoria a los hechos y a los oficiales lo que llevaron a cabo. De este modo, los oficiales en actividad y en situación de retiro borran de una memoria que se pretende edificante a los generales de las Juntas Militares que presidieron el Proceso de Reorganización Nacional. Si bien los primeros toman distancia por considerarlos golpistas y antidemocráticos y los segundos por “la mala conducción de la guerra” porque “se volvieron políticos no militares” –afirmaba un teniente coronel (r), esta distancia les permite continuar evocando la “lucha contra la subversión” a partir de las “víctimas heroicas”.

Una guerra fraticida

La memoria de los “muertos por la subversión” permite, como ya mencioné, contraponer de manera especular las “víctimas militares” a las “víctimas civiles del terrorismo de estado”, pero también identificar a los responsables: la “subversión”. Y así, la memoria militar se re-instala en el escenario simbólico de la guerra. A pesar de las reelaboraciones de la memoria militar, existe en el ejército una narrativa aglutinante y hegemónica: la participación del ejército en actividades represivas fue una acción de guerra (Vezzetti, 2002; Hershberg y Agüero, 2005). Si bien la retórica de la guerra estimuló la criminalización de las Fuerzas Armadas, en la memoria militar remite a un momento fundacional, casi mítico, en el que el ejército, la nación y la guerra se funden en la gesta patriótica.

En términos generales, la narrativa de la guerra le permite a las nuevas y viejas generaciones explicar, por un lado, la violencia como el resultado del enfrentamiento entre “dos bandos”: los “subversivos” y el “ejército”; y por otro lado, el accionar militar como una respuesta no deseada pero inevitable frente a la agresión subversiva. Esta escena conflictiva que es fundante de la narrativa militar se vuelve a poner en acto en el escenario de la memoria para extenderse como una gramática que repone permanentemente a los “dos lados”: “un bando” y el “otro bando”, los de “un lado” y los del “otro lado”.

Si bien la retórica de la guerra da cuenta de un trabajo memorial de ligadura, continuidad y articulación entre el pasado y el presente de una comunidad moral que se sostiene de la repetición de sus tradiciones y rituales, sin embargo no carece de historicidad. De allí que, en los últimos 30 años, adquirió diferentes nombres según los contextos en los que ha sido evocada: “lucha contra la subversión”, “guerra sucia”,

“guerra no-convencional”, “guerra antirrevolucionaria”, “lucha contra el terrorismo”, “guerra fraticida”, “lucha entre argentinos” o “lucha interna”. Si bien todos buscan distanciarse del concepto de Terrorismo de Estado – con el que se demostró el carácter clandestino y sistemático de la política de desaparición-, sus diferencias no son menores y responden no sólo a los contextos interpretativos y políticos en los que el pasado es evocado, sino también a los interlocutores con los que se disputa sentidos y al grupo al que se dirige la memoria.

Ahora bien, el desplazamiento de la memoria castrase a la figura de las víctimas es posible porque se produce una mutación en la gramática de la guerra. Como ya mencioné, con el pasaje de la figura de los “salvadores de la patria” a la figura de las “víctimas de la subversión” se produce también una mutación en la retórica de la guerra: de la “guerra contra los enemigos de la nación” al dramatismo de la “guerra civil”. Si la primera reconoce vencedores y vencidos, la segunda, en cambio, solo víctimas. Tomando distancia de la narrativa de la victoria y de los vencedores de la “guerra contra la subversión”, la idea de la guerra fraticida se apoya en la retórica del sufrimiento en común, en el dolor compartido por “toda la sangre derramada”. Con la igualación de las víctimas, la memoria militar reintroduce la llamada “teoría de los dos demonios”⁸ que afirma que en la Argentina hubo dos males, que resultan igualables y equiparables. Por una parte, la equiparación entre dos partes igualmente perversas introduce una visión indiferenciada de violencia que oculta la especificidad del Terrorismo de Estado y desresponsabiliza a los actos cometidos por los oficiales durante la represión ilegal. (Salvi, 2010)

Combatientes procesados por delitos de lesa humanidad.

A pesar de que la identificación con los oficiales asesinados durante la década del 70' permite presentar al ejército como una víctima más de la violencia del pasado reciente y producir marcados sentimientos de pertenencia entre las viejas y las nuevas generaciones de oficiales, persisten otras figuras que remiten a experiencias, que si bien tienen una fuerte carga afectiva para la generación que fue contemporánea de la represión, no logran constituirse en un legado para las nuevas generaciones. En un

⁸ La bi-demonización explica la violencia como una simetría criminal que nivela en terrorismo de estado con la acción de grupos particulares. La “teoría de la dos demonios” fundamentó el decreto 157 del gobierno de Alfonsín que ordena la persecución de los jefes de Montoneros y ERP como precedente del decreto 158 para el enjuiciamiento de las Juntas Militares. (Duhalde, 1999: 167-168)

contexto político de transformación institucional de la profesión militar⁹, la evocación de la “lucha contra la subversión” se inscribe, para los oficiales retirados, en un debate más amplio sobre los valores legítimos que deben conformar la identidad militar. Por ello, la narrativa sobre la actuación del ejército en la represión se presenta, entre los oficiales retirados, cargando un conjunto de sentidos que garantizan, a su vez, la reproducción de la moral militar. O a la inversa, la continuidad de tales valores militares asegura, para los oficiales retirados, la interpretación de su desempeño en la “lucha contra la subversión” como ejemplar y su evocación como un legado edificante para la identidad militar.

Pues bien, es en el cruce entre memoria e identidad, entre pasado y presente, entre evocación y agencia donde surgen los conflictos y tensiones entre las nuevas y viejas generaciones de oficiales del ejército. Pero, entonces, ¿cuáles son los sentidos del pasado que buscan ser transmitidos y cuáles los valores que deben ser preservados? ¿Cuáles son los modelos militares que propone la memoria sobre la “lucha contra la subversión” de los oficiales retirados? En fin, ¿cómo se articulan y elabora la relación entre memoria e identidad, entre evocación y agencia para que el proceso de transmisión sea efectivo?

Desde su temprano ingreso al Colegio Militar de la Nación, los futuros oficiales son socializados en tradiciones militares enraizadas en valores como la lealtad, la abnegación, la resistencia, la entrega y el sacrificio. Ser militar exige mucho más que adscribir a dichos valores morales sino que estos son inscriptos en el cuerpo y en la subjetividad de los oficiales. (Badaró, 2009) Entre ellos, el más relevante es el sacrificio puesto que está asociado a la figura del “combatiente” que debe “luchar hasta dejar la vida”. Se trata de un valor moral fundamental en la construcción de la moral militar como diferenciada de la vida civil.

En tesis doctoral analizo cómo, para los oficiales retirados, el sacrificio representa un valor extraordinario que funciona como un acto ordinario. Es decir, que resulta común y esperable “dejar todo por el ejército”. Sacrificarse es, pues, identificarse plenamente, primero, con la institución castrense, luego, con la profesión militar y, por último, con el “combate”. Como valor moral, el sacrificio es la materia significativa a través de la cual la identidad colectiva se encarna en sentimientos,

⁹ Desde 1994 se vienen produciendo cambios importantes en la vida institucional del ejército y de las Fuerzas Armadas: abolición del servicio militar obligatorio, reforma del sistema educativo de las Colegio Militar de la Nación, ingreso de mujeres a la carrera de oficial de cuerpo comando y derogación del código de justicia militar.

preferencias y elecciones subjetivamente vivenciadas y colectivamente aceptados y estimulados. Entre la generación de oficiales retirados comprometidos con el recuerdo de la “lucha contra la subversión”, el sacrificio se presenta como algo más que una figura retórica, sino que encarna elecciones, preferencias y deseos al punto que la dimensión personal-afectivo del sujeto y la dimensión militar-moral del oficial se superponen y complementan (Badaró, 2009), allí donde la identidad militar se constituye en la figura del “combatiente”. Veamos esto en palabras de un oficial retirado que participó en el Operativo Independencia en Tucumán,

“Yo quise ser militar porque quería entrar en combate, porque tenía la vocación de entrar en combate, de combatir. Así como en la Edad Media, un tipo se ponía un yelmo, una espada y *era un caballero porque quería ir a combatir. Yo soy militar porque quería entrar en combate y logré entrar*. Era lo máximo que quería.” [La cursiva es mía.]

En la identificación de los oficiales retirados con la figura del “combatiente”, el carácter normativo del sacrificio se vivencia subjetivamente como una virtud personal. Solo en un terreno afectivo donde la sensación de obligación parece perder su carácter meramente coercitivo, es posible que surja el heroísmo moral del sacrificio como un comportamiento individual y colectivamente posible. Así lo expresa un teniente coronel (r):

“No por reglamento, sino por convicción, por alma, porque por ahí puede ocurrir que alguien sea de intendencia y en determinadas circunstancias esté tan metido, *tan enfrascado en la lucha, que es un combatiente* aunque no le toque empuñar un fusil, *está comprometido con la lucha, se siente parte de la lucha, de cuerpo y alma*.” [La cursiva es mía.]

En la memoria de los oficiales retirados, el sacrificio asociado a la figura del “combatiente” es el modo legítimo de ser oficial, más aún cuando se trata de una época en la que “lo militar”, sus valores y tradiciones, se consideran amenazas. Esta tensión entre los oficiales de ayer y el ejército de hoy refuerza la auto-imagen de los oficiales retirados como en militares plenos, legítimos, en militares “que no dejan caer sus banderas y si caen tendrán que caer con ellas”, en tanto actúan y se reconocen como

“hombres de acción”, como “combatientes”. La identidad militar aparece, desde esta perspectiva, resguarda más por los oficiales retirados que por la misma institución y sus autoridades. Frente a esta crisis de valores y de costumbres que estaría atravesando el ejército, los oficiales retirados se vuelven a presentar como “última reserva moral” de la institución.

“Pero la lucha contra la subversión es importante porque al cadete en el Colegio Militar hay que darle algo, hay que imprimirle carácter, orgullo de ser militar. La última fue la guerra contra Paraguay, fue en el siglo pasado y la campaña al desierto fue un ejército en campaña no en guerra.” [La cursiva es mía.]

En un contexto en el que el ejército está obligado a posicionarse frente a los debates que la sociedad mantiene sobre las violentas experiencias del pasado y a gestionar su propia transformación institucional, la evocación de la “lucha contra la subversión” por parte de los oficiales retirados refuerza una lógica identitaria que actualiza para su transmisión intergeneracional el compromiso con el combate, invocando una legitimidad de tipo heroica para los “combatientes” y exigiendo un reconocimiento social e institucional. Veamos esto en palabras de un teniente coronel (r),

“Vilas donde había una fuerza de tareas iba y controlaba, no iba con una gran custodia ni nada. Vilas estaba en todos lados (...) queremos condecorarlo, como el ejército y la patria no lo han condecorado (...) Lo queremos mucho, lo reconocemos como nuestro jefe y una de las principales figuras a la cual el ejército le debe el triunfo en Tucumán a la guerrilla. Nosotros queremos condecorarlo a Vilas, reunirnos los que combatimos allí en Tucumán y decir: “General, nosotros lo condecoramos, lo reconocemos como nuestro General”. Aparte él fue muy inteligente, él se dio cuenta cómo operaba la guerrilla. Pero ¿por qué se dio cuenta? Porque él estaba enfrascado en el tema, no era un tipo haragán, estaba enfrascado, estudió el problema, estaba inquieto, no perdía el tiempo, y descubrió como venía la mano, cómo operaba la guerrilla, dónde estaba lo más fuerte de la guerrilla: en la ciudad de Tucumán.” [La cursiva es mía.]

De esta manera, los oficiales retirados buscan mantener una imagen de sí coherente y emparentada a una figura ejemplar del “oficial-combatiente”, bañada de cierto manto de heroicidad pero presentado también la actuación del ejército como una operatoria militar eficiente. A pesar de las tensiones que se manifiestan entre aquello que los oficiales retirados se atreven o no a decir sobre su participación en el Operativo Independencia, el relato en términos de estrategia, habilidades y valores militares les permite exponer la acción represiva como una acción acertada, patriótica y victoriosa, además de justificar la tortura y la desaparición:

“Los militares que torturaron, ¿cuántos fueron? No muchos, pero no lo hicieron por perversión o sadismo, *lo hicieron por la patria* y porque era la única manera de vencer a un enemigo artero que se escondía entre la población civil.” [La cursiva es mía.]

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿la figura de Acdel Vilas, general a cargo de Operativo Independencia y actualmente procesado por delitos de lesa humanidad, se constituye en un modelo, es decir, un actor *propis*, para la afirmación de la vocación y la agencia de “soldado” entre las nuevas generaciones de oficiales (Guber, 2007)? ¿Provee la figura del “oficial-combatiente” de la “lucha contra la subversión” insumos y recursos para construir y ejemplificar el valor supremo del sacrificio como línea que separa vivir de morir? ¿Resulta posible para los oficiales mas jóvenes, que han crecido en una sociedad que toma distancia y cuestiona lo actuado por el ejército durante la represión ilegal, identificarse con una generación de oficiales que presentan como competencias y habilidades propias del “oficial-combatiente” actuar sobre la población civil? ¿Se constituye lo actuado por los oficiales retirados que están aún vivos –que esgrimen el emblema de ser vencedores de la guerra antisubversiva- un legado transmisible y la base para la construcción de un nosotros intergeneracional? ¿Es posible recuperar a partir de esta figura el vínculo privilegiado que el ejército busca mantener simbólicamente con la nación? Por último, ¿es probable que los oficiales en actividad pongan en juego sus carreras para defender corporativamente a los oficiales procesados por delitos en lesa humanidad?

A pesar del diagnóstico planteado por mi informante clave, aquí las continuidades dejan paso a las rupturas y tensiones intergeneracionales. Pensar las rupturas y tensiones no implica negar que los oficiales en actividad recuerdan la “lucha

contra la subversión” sino mostrar cuáles son los soportes y los personajes que hacen posible esta recordación y cuáles, en cambio, no han logrado ser transmitidos a las nuevas generaciones. En otras palabras, recordar a los oficiales muertos implica para lo/as oficiales en actividad no reivindicar lo actuado por los oficiales vivos que “combatieron” en la “guerra contra la subversión”, muchos de ellos procesados o acusados por delitos de lesa humanidad. Pero, ¿cómo se expresa este distanciamiento y porqué ha sido posible?

En primer lugar, el pasado es percibido por las generaciones más jóvenes de oficiales como algo que “está permanentemente”, que no pasó sino que continúa pasando y, que incluso, se impone y se presenta más allá de la voluntad de quienes lo tienen hoy que enfrentar. El pasado de violencia y autoritarismo adviene bajo la forma de una afección, de un *pathos*, mostrando que sus efectos actúan independientemente de la voluntad, de la agencia, de la conciencia o de la estrategia de los actores (Jelin, 2002: 14). Así lo expresa el doble sentido negativo que tiene la palabra *karma* en el lenguaje coloquial, como algo que se repite y reitera pero también que se carga y pesa produciendo padecimientos en palabras de un coronel:

“Otra generación tomó las decisiones, pero nos abarca porque nos pasaron el problema. Por eso estamos hoy con el problema (...) es un *karma*. Ahí está permanentemente. Es de otras generaciones y mi generación nos tocó vivir todo esto. Pero bueno. Las nuevas generaciones lo reciben como un peso”.

En segundo lugar, el pasado autoritario y violento del ejército se presenta en la vida cotidiana de los/as oficiales como un “estigma”, según palabras de un teniente coronel en actividad, que se hace visible junto al uniforme. El hecho de que lo/as oficiales eviten andar con uniforme por la ciudad o en el transporte público, o sólo lo hacen por lugares que resultan conocidos y familiares, muestra que buscan eludir la visibilización de su condición militar y los conflictos que ella puede desatar. El espacio urbano y las experiencias que allí se puedan producir representan para lo/as uniformados el barómetro que permite testear no sólo la relación con la sociedad sino también la imagen de sí mismos que esta les devuelve.

En tercer lugar, el pasado represivo vuelve sobre las nuevas generaciones de oficiales del ejército conformando un peculiar horizonte de expectativas. La temporalidad de la memoria militar no se reduce a las interacciones entre pasado y

presente sino que se proyecta y se prolonga también hacia el futuro. Las expectativas son el futuro hecho presente, apuntan al todavía-no, a lo no-experimentado aún que vive en el presente (Koselleck: 1993). En la narrativa de lo/as oficiales, el porvenir incorpora al pasado en el presente como una fuente de incertidumbres que los lleva tanto a interrogarse sobre el destino de las instituciones como a buscar los modos de controlar los efectos del pasado y tornarlos previsibles para construir un futuro deseado. En efecto, como fuente de incertidumbres, el futuro se vuelve una preocupación de la memoria y el terreno de acciones estratégicas orientadas a controlar los efectos del recuerdo, pero como futuro deseado se constituye en un horizonte para ejercer la crítica de las estrategias implementadas por la institución castrense hasta el presente.

“No le podemos pasar el paquete a las nuevas generaciones, esta generación lo tiene que tener terminado. El bicentenario pasa con el paquete cerrado, no podemos estar 50 años con este tema. Y ya pasaron 30 y pico, por eso no podemos. Hay cosas importantes a que dedicarse.”

Pues bien, es en este complejo escenario en el que la persistencia del pasado es percibida como un *karma*, las relaciones con la sociedad están determinadas por las cuentas pendientes e, incluso, el futuro se presenta como un horizonte de incertidumbres, donde la figura “combatiente” que identifica a la generación de oficiales retirados no provee significaciones, referentes y pautas para la acción en el presente ni hacia el futuro. Si los cuadros en actividad establecen una continuidad narrativa con la llamada “época de la subversión” recordando los asesinatos, secuestros y atentados cometidos por las organizaciones armadas, es porque se distancian del discurso triunfalista y patriótico que circula de manera informal entre los oficiales retirados. Ciertamente, los cuadros en actividad no sólo no reivindican lo actuado por el ejército durante la represión sino que suelen tomar distancia del prototipo de “general-combatiente” de la “lucha contra la subversión” con el que temen ser identificados. Además, lo/as oficiales en actividad no reproducen el discurso denegatorio de la existencia de desaparecidos, aunque de ningún modo esto equivale a aceptar el Terrorismo de Estado, es decir, la desaparición sistemática de personas. Desde la perspectiva de lo/as oficiales en actividad, las desapariciones se explican por las “macanas” o “errores” que cometieron las generaciones anteriores que tomaron “decisiones equivocadas”. Lo que muestra también el peso que aún tiene la teoría de los

“errores” y de los “excesos” planteada por Videla en 1977 para minimizar el carácter sistemático de la masacre. (Canelo, 2008: 133) A pesar de que este distanciamiento no se apoya en una explicación homogénea que funcione como crítica a las tradiciones que hicieron posible la criminalización de los oficiales, permite diferenciarse con las generaciones anteriores calificándolas de “cerrados”, “separados de la sociedad”, “basados en intereses personales” o que “usaron metodología aberrante” y “son una mancha terrible” como reiteradamente escuché en las entrevistas.

Preocupados por la necesidad pragmática de “recuperar un lugar en la sociedad” -según afirmaciones de un teniente coronel, lo/as oficiales en actividad no parecen estar dispuestos a poner en juego sus carreras profesionales, como lo hicieron los carapintadas en 1987, para evitar corporativamente que sus camaradas de armas enfrenten los juicios por delitos de lesa humanidad en los tribunales federales. A diferencia de los oficiales retirados, los cuadros en actividad no asocian la justicia a la venganza, aunque tampoco tiene el sentido de reparación de un daño, sino que representa una posibilidad de “cerrar el pasado”, de que “pase cerrado a las nuevas generaciones”, como afirma un teniente coronel:

“Hay cosas importantes que dedicarse. Esto sí es un tema delicado con heridas abiertas pero es un tema que cerrarlo dentro de la justicia. Como se está cerrando. ¿No crees que se está cerrando dentro de la justicia?”

Esta postura pragmática orientada a cerrar el pasado y mirar hacia el futuro y la indiferencia respecto del destino de los oficiales procesados resulta posible porque la identificación con la generación anterior, es decir, el “nosotros” intergeneracional se apoya en el recuerdo de los oficiales muertos en la década del 70'. Las virtudes del buen oficial, del oficial heroico, remiten al martirologio de los oficiales que murieron defendiendo a la patria de la subversión. Este desplazamiento de los vivos a los muertos, de los “combatientes” a las “víctimas militares”, refuerza no sólo la idea de los militares no matan por la patria sino que mueren por ella, sino también la imagen del ejército como víctima de la guerra fratricida. De modo tal, que cerrar el pasado significa tanto no responder a las demandas de la generación de oficiales procesados por violaciones a los derechos humanos como borrar a ellos y a sus actos del horizonte de sus interrogaciones y reflexiones respecto del pasado que han recibido.

Bibliografía:

ACUÑA, Carlos y SMULOVITZ, Catalina, “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación institucional”, en VV.AA., *Juicio, castigos y memorias. Derechos Humanos y Justicia en la política Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009, p. 21-99.

BADARÓ, Máximo, *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

BALZA, Martín, *Dejo constancia: memoria de un general argentino*, Buenos Aires, Planeta, 2001.

BRIENZA, Lucía, “Relatos en pugna sobre el pasado reciente en Argentina: las visiones militares sobre los años setenta desde Alfonsín hasta el primer gobierno de Menem”, en *Revista Temáticas*, Campinas, año 17, número 33/34, 2009, p. 71-104.

CANELO, Paula, *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

CRENZEL, Emilio, “Tucumán 1975: La primera fase del “Operativo Independencia”, un análisis de las reflexiones de su conducción acerca del mismo”, en ANTOGNAZZI, Irna y FERRER, Rosa (comp.), *Argentina, raíces históricas del presente*, Rosario Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 1997.

DUHALDE, Eduardo, *El Estado terrorista Argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

FELD, Claudia, “Memoria colectiva y espacio audiovisual: Historia de las imágenes del Juicio a las ex Juntas Militares (1985-1998)”, en GROPPPO, Bruno y FLIER, Patricia, (comp.) *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*. La Plata, Ediciones al Margen, 2001, p. 103-114.

GISSSEN, Bernhard, “Sobre héroes, víctimas y perpetradores. La construcción pública del mal y del bien común”, en *Revista Puentes*, octubre de 2001, p. 16-23.

GUBER, Rosana, “Bautismo de fuego y gracia de Dios. Las bellas memorias aeronáuticas de la guerra de Malvinas”, en *Tabula Rasa*, Bogotá, número 6, enero-junio 2007, p. 221-262.

HERSHBERG, Eric. y AGÜERO, Felipe. (comps.) *Memorias militares sobre la represión del Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

- HIRSCH, Marianne, "The generation of postmemory", en *Poetics Today*, 29:1, Spring, 2008, p. 103-128.
- JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- LACAPRA, Dominick, *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.
- LORENZ, Federico. "‘Recuerden, argentinos’: por una revisión de la *vulgata procesista*", en *Entrepasados*, Año XIV, Número 28, Buenos Aires, 2005, p. 65-82.
- PALERMO, Vicente. "Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en Argentina", en NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente, *La historia reciente*, Buenos Aires, Edhasa, 2004, p. 169-191.
- SALVI, Valentina, "De vencedores a víctimas. 25 años de memoria castrense". *Revista Temas y Debates*, N° 17, Rosario, agosto de 2009, p. 93-115.
- "Entre el olvido y la victimización. Transformaciones en la narrativa sobre la reconciliación nacional", en AAVV, *La sociedad argentina hoy frente a la construcción de la memoria social de los años '70*, Buenos Aires, EUDEBA, 2010, p. 113-142.
- VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.